El eterno retorno
exiliados republicanos españoles en Puerto Rico

Coordinadoras
Consuelo Naranjo Orovio,
María Dolores Luque y
Matilde Albert Robatto

DOCE CALLES

El eterno retorno:
exiliados republicanos españoles en Puerto Rico

Coordinadoras
Consuelo Naranjo Orovio,
María Dolores Luque
y Matilde Albert Robatto

EDICIONES DOCE CALLES

PRÓLOGO

El 26 de mayo de 1987, ante los participantes en la V Conferencia Iberoamericana de Comisiones del V Centenario del Descubrimiento, S.M. el Rey Juan Carlos I dijo: «Puerto Rico ha sido tradicionalmente tierra de asilo, habiendo acogido siempre con generosidad a cuantos hombres y mujeres han tenido necesidad de buscar refugio en ella. Algunos eximios compatriotas míos, como Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí, Pau Casals o Pedro Salinas, impelidos por circunstancias trágicas a dejar su país, han encontrado en esta tierra maravillosa, afecto, hospitalidad y trabajo». Luego señaló el Rey el significado de aquel exilio:

> No puede el Rey de España olvidar que en 1989, tres años antes del 92, se cumplirán cincuenta años del comienzo de una especial forma de relación entre los países iberoamericanos y España. Es cierto que ya antes hubo exilio en nuestra historia. Baste recordar a judíos, musulmanes, heterodoxos o jesuitas. Pero hago énfasis ahora en esa dilatada experiencia conocida con el nombre de «exilio español de la postguerra».
>
> Para mal y para bien, sus circunstancias marcaron una nueva forma de conocimiento mutuo y en definitiva, de aproximación entre nuestros pueblos. América se convierte así, además de punto de referencia, en tierra de asilo que merece nuestra gratitud y reconocimiento. La conciencia del provecho recíproco entre los que llegaban y los que les recibía, así como la de su influjo en las generaciones posteriores a ellos, constituye una singular experiencia de lo mucho que podemos hacer juntos.

«Nueva forma de conocimiento», «provecho recíproco», «influjo en las generaciones posteriores»: estas ideas forman una especie de *leit-motiv* desde el momento mismo en que recaló en Puerto Rico el primer grupo de exiliados españoles. El 6 de junio de 1939, atracó en el puerto de San Juan el vapor francés *Sinaia*. Transportaba a exiliados españoles de los puertos de Setes y Marsellas rumbo a México. Las palabras del Rey suenan a eco de la descripción que entonces hizo el periodista José A. Buitrago:

> Era ésta la hora como de nuestro segundo descubrimiento, libre de cartas marinas y de preocupaciones geográficas, limpio de pecado colonial, y de voluntades de imperio. Era éste el minuto preciso e inexorable que por cuatro siglos habíamos tercamente esperado, a pesar de bárbaros y de barbaridades, de portavoces espúreos y mandatarios fin pueblo. ¡Por fin llegaba España!

O las de Francisco Ayala en sus *Recuerdos y olvidos*:

> En modo alguno esperaba yo cuando me incorporé a la UPR, encontrar en ella un foco tan encendido, entusiasta y estimulante como el que allí ardía. Por supuesto, parte sustancial de ella era la presencia más o menos permanente de los notables «extranjeros» reclutados por Benítez para enseñar en las aulas, pero su actuación no hubiera tenido el efecto que tuvo de no haber existido ya en la isla un ambiente propicio, un interés despierto y, en suma, una minoría culta muy distinguida, de cuya calidad bastarán unos cuantos nombres para dar fe.

Menciona Ayala a figuras culturales como Luis Palés Matos, Margot Arce de Vázquez, Tomás Blanco, Gustavo Agrait, Emilio Belaval, Julia de Burgos, Francisco Matos Paoli y Nilita Vientós Gastón.

Un miembro de esas «generaciones posteriores» fue Aurora Albornoz, que se formó en y vivió como pocos el diálogo fructífero y fecundo entre los españoles de dos mundos. Hija y nieta de puertorriqueños, llega a la Isla en 1944, para estudiar en la Universidad de Puerto Rico. Ahí aprende de la historia y cultura española que entonces no se enseñaba en la Península –García Lorca, los Machado– de sus maestro españoles –Ots Capdequí, Serrano Poncela, Juan Ramón– y puertorriqueños –Margot Arce de Vázquez, Concha Meléndez, Pablo García Díaz–.

> (Mi vida es) la de una muchacha que nació en otro país y fue acogida en éste, que es también suyo, porque la hizo, la formó tal como es. Sin su lado puertorriqueño... sería una persona distinta; no sé si mejor o peor, mas, en todo, yo no sería yo: ésta que ahora y siempre, duda entre considerarse española-puertorriqueña, o puertorriqueña-española.

Este libro nutre la todavía modesta pero creciente bibliografía internacional sobre un tiempo en que a Puerto Rico le correspondió, en palabras de María Zambrano, servir «con leve masa y su delicado cuerpo, a una empresa de radio universal». Arranca la bibliografía con *Cincuenta años del exilio español en Puerto Rico y El Caribe, 1939-1989. Memorias del congreso conmemorativo celebrado en San Juan de Puerto Rico* (A Coruña: Edicios do Castro, 1991). Trasfondo inmediato del libro presente, y del cual éste en cierta forma es una continuación, es *Los lazos de la cultura: El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, editado por Consuelo Naranjo, María Dolores Luque y Miguel Ángel Puig-Samper publicado por el CSIC (Madrid) y el Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Puerto Rico en 2002). Notables adiciones recientes son los ensayos puntuales en «Europeos y antillanos, la jornada transatlántica», *La Torre*, (Tercera época) año XIV, nums. 51-52 (enero-junio de 2009), y los ensayos sobre el tema en Ernesto Mächler Tobar, coodinador, *L'Exil Espagnol dans Les Ameriques* (Indigo y Université de la Picardie Jules Verne: Paris, 2011).

El libro consta de once capítulos. A manera de introducción al foco «encendido, entusiasta y estimulante» que menciona Ayala, el primero de la doctora Libia González ofrece una panóptica de las instituciones culturales puertorriqueñas de la primera parte del siglo XX, y de algunos de los debates culturales de la época. Los autores Luis Alberto Lugo Amador y Jaime Moisés Pérez Rivera proponen que la reconceptualización de lo español a raíz de las controversias legales, de ciudadanía y político/culturales que surgen de la Guerra Civil constituyó en el espacio puertorriqueño una «ruptura casi tan notable como la que se produjo en 1898». El imaginativo ensayo es un tratamiento original de la sala de espejos resultante de la construcción de la identidad propia contra el otro y con el cambiante otro de mi otro.

Los ensayos de Consuelo Naranjo Orovio y Miguel Ángel Puig-Samper, y el de Matilde Albert Robatto son los que más se entroncan al libro previo –*Los lazos de la cultura*– y contienen rico material de trasfondo –como, por ejemplo, las relaciones culturales previas sirvieron de plataforma para la llegada y acogida a los exiliados españoles–y del papel protagónico de don Federico de Onís. El ensayo de Naranjo Orovio y Puig-Samper ilustra, además, la influencia determinante del pensamiento de Ortega y Gasset sobre el rector Jaime Benítez.

Asimismo, el estudio de Miguel Cabañas Bravo abarca en tiempo desde antes de la llegada de los artistas del exilio a Puerto Rico hasta, en algunos casos, los desarrollos posteriores a su estancia en la isla. Esto permite ubicar la expriencia en un contexto más dilatado, temporal y geográficamente; destacar los factores previos al 39 que abonaron su favorable acogida y proponer una tipología basada en la fecha de llegada y la estadía pasajera, itinerante o definitiva en el país. Sería útil intentar tipologías similares en otros grupos no de manera que «separe y reduzca (sino de otra que) distingue y enlaza».

En los ensayos dedicados a tres españoles «del éxodo y el llanto» –de los que se llevaron la «voz antigua de la tierra», en los versos de León Felipe, y trajeron a las islas del Caribe la canción– reverbera con particular fuerza e insistencia aquello de «nueva forma de conocimiento», «provecho recíproco» e «influjo en las generaciones posteriores». Se trata de ensayos sobre poliartista Carlos Marichal, el escultor Francisco Vázquez alias *Compostela* y el diplomático, catedrático y crítico Alfredo Matilla Jimeno, escritos por, respectivamente, su hija Flavia Marichal Lugo, su hija Carmen Vázquez Arce y su nieto Fernando Feliu Matilla. Los ensayos, además de las particularidades fascinantes de cada cual –las historias de Compostela y Matilla ilustran bien la ruta España/República Dominicana/Puerto Rico, por ejemplo–resaltan la identificación humana honda del exilado con su lugar de exilio. Feliu Matilla sobre su abuelo: «El exilio español ha sido... una experiencia que... entrañaba dolor y amargura... Pero también el exilio fue para mi abuelo motivo de alegría ya que en Santo Domingo y Puerto Rico vivió rodeado de amigos y de su familia. Asimismo, en estos países desarrolló una labor cultural por la que todavía se le recuerda».

Carlos Marichal, dando un testimonio sobre sí mismo:

> Yo creo que no hay hombre más dichoso que yo. Creo que hicimos muy bien en casarnos, los dos soñamos las mismas cosas, tenemos los mismos ideales, nos queremos con el mismo cariño y yo he llegado a querer tanto a tu patria que ya me siento parte de ella misma.

Y Vázquez Arce sobre su padre:

> Como se comprueba en muchas de las historias del exilio español, para el refugiado el exilio se convierte en su patria... Es un ser desgarrado pero, paradójicamente, no se queda instalado únicamente en la añoranza, sino que apuesta a contribuir con sus saberes al país que lo acoge, la nueva patria... Hubo una reciprocidad. Las culturas americanas fueron moldeando, poco a poco, a los emigrantes.

El extenso ensayo de José María López Sánchez sobre el exilio de Juan Ramón Jiménez y la tensión entre «el poeta en su torre de marfil y el intelectual comprometido» es el que más se centra en torno a su objeto de estudio propiamente y menos toca el contexto puertorriqueño específico de su exilio. Basado en documentación en la Sala Zenobia/Juan Ramón, comprueba que quedan páginas inéditas de la historia española por escribirse contenidas en los archivos de la Universidad de Puerto Rico.

El trabajo del doctor Pedro Reina abunda sobre la relación de don Pablo Casals con la familia de su madre, la familia Defilló, en Puerto Rico. Invita a explorar lazos presentes en todo movimiento migratorio que van más allá de los de la cultura: los lazos de la sangre. Éstos fueron determinantes en la visita y posterior residencia de Casals en Puerto Rico. Fueron determinantes, además, en el caso de los dos españoles que primero llegaron en la década del treinta y que permanecieron en la Isla el resto de sus vidas: Enrique Enjuto Ferrán y Sebastián González García. El libro no incluye ensayos sobre ellos pero afortunadamente la nieta del primero y la hija del segundo trabajan en libros que sin duda ayudarán a iluminar ese otro camino del exilio.

El último ensayo, de la doctora Consuelo Naranjo Orovio, ofrece una reflexión sobre la importancia de las fuentes orales para rescatar la memoria/memorias del exilio republicano español y ahondar en algunas facetas de la vida de este grupo ocultas en la documentación escrita. La autora extrae de su trabajo de campo algunas historias de vida que enriquecen el libro y ofrecen una visión más completa del éxodo español.

El conjunto de estas contribuciones es prueba de lo mucho que queda de aquel «remoto encuentro para siempre». Si fuéramos casi tres cuartos de siglo después a pasar balance del «provecho recíproco», ¿cuál sería el mayor don dado/recibido en ese intercambio? Frente al Museo de la Universidad de Puerto Rico está enclavado el monumento «La bóveda del hombre», un legado al país de un grupo de exiliados.

La dedicatoria lee: «A Puerto Rico. Los españoles que aquí encontraron la libertad perdida». ¿Y Puerto Rico? En parte por ellos, el país tomó conciencia, como escribe María Zambrano, de que tenía «un destino de primer orden, y casi en sentido inverso de su extensión territorial. En el órden (sic.) de la cultura, de los valores espirituales, esto de la extensión territorial no es obstáculo. Y es más: puede ser una condición favorable para ello».

Desde la libertad esos dos legados por un tiempo se convirtieron en uno: «(transformar) en esperanza nuestra doble nostalgia de un 'mundo mejor', del mundo mejor perdido y del otro por hacer. Destino privilegiado y, como todos los privilegios de verdad lleno de difíciles deberes y aun de dolor».

Este libro es testimonio de aquel proyecto de destino que incluyó para Puerto Rico, como indica Iris Zavala, apoyarse en la cultura «como forma de su decisión de convertirse en sujeto... (y) reafirmar una conciencia colectiva emancipatoria». Como tal invita a reimaginarlo en el presente. A volver a examinar y pasar nuevo balance como futuro posible de nuestro fardo, pesado o liviano, de nostalgias y esperanzas, privilegios y deberes, y, sí, de peligros y sacrificios también.

Profesor Luis Agrait
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras

SUMARIO

Prólogo 7
Sumario 13

Capítulo 1: Sociedad y cultura: espacios de tertulia, creación y ambiente intelectual en Puerto Rico, 1900-1950 17
Libia M. González López

Capítulo 2: La Guerra Civil, los exiliados republicanos españoles y la reconceptualización de lo «español» en Puerto Rico: los casos de la ciudadanía y del asociacionismo (1930-50) 41
Luis Alberto Lugo Amador y Jaime Moisés Pérez Rivera

Capítulo 3: La llegada del exilio republicano español a Puerto Rico: solidaridad y reconocimiento en un proyecto cultural 67
Consuelo Naranjo Orovio y Miguel Ángel Puig-Samper

Capítulo 4: Desde América: Federico de Onís y el exilio español 101
Matilde Albert Robatto

Capítulo 5: El arte en otro retorno de los galeones. Los artistas del exilio español de 1939 en Puerto Rico 135
Miguel Cabañas Bravo

Capítulo 6: Carlos Marichal: un exiliado español republicano en Puerto Rico 191
Flavia Marichal Lugo

Capítulo 7: *Compostela*: un escultor gallego en el exilio. Santo Domingo y Puerto Rico 227
Carmen Vázquez Arce

Capítulo 8: «Se me ha perdido un paisaje»: El archivo de Alfredo Matilla o los relatos del exilio 267
Fernando Feliu Matilla

Capítulo 9: Entre la estética y la política. Juan Ramón Jiménez y su exilio en Cuba y Puerto Rico 303
José María López Sánchez

Capítulo 10: La Tierra Materna: primera visita de Pablo Casals Defilló a Puerto Rico 351
Pedro Reina Pérez
Capítulo 11: Testimonios orales: un rescate de la memoria republicana española en el exilio 381
Consuelo Naranjo Orovio

Bibliografía 457

Capítulo 1

*Sociedad y cultura: espacios de tertulia, creación y ambiente intelectual en Puerto Rico, 1900-1950**

Libia M. González López
Facultad de Estudios Generales
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

A la memoria de D. Ricardo Alegría

> Toda época suspira por un mundo mejor. Cuanto más profunda es la desesperación causada por el caótico presente, tanto más íntimo es ese suspirar. (Johan Huizinga, «La nostalgia de una vida más bella», *El otoño de la Edad Media, Madrid*, Selecta, Novena edición, p. 50).

INTRODUCCIÓN

La historia del exilio español en Puerto Rico se asocia a una época rica en el desarrollo de las letras y las artes en Puerto Rico. La historiografía del siglo XX en Puerto Rico destaca el esplendor de la vida cultural en la Universidad a partir de la presencia de los distinguidos hombres y mujeres que compartieron con los puertorriqueños su pasión por las letras, la música y las artes. Este ensayo procura demostrar cómo ese terreno de las letras y la cultura se venía cultivando en la Isla durante varias décadas anteriores al exilio a través de la actividad editorial, periodística, musical, artística, legislativa e institucional, que a nuestro juicio maduró con la presencia de los exiliados.

* Trabajo realizado dentro del proyecto de investigación HAR2009-09844, financiado por el MICINN (España).

UNA SOCIEDAD CULTA: ASPIRACIONES DE LA ÉLITE ILUSTRADA

Suspirar por las artes, la literatura, la educación hasta el amor por el papel y los libros es un gesto reiterado entre los puertorriqueños de diferentes épocas. Esa ambición por crear instituciones y asociaciones, fundar periódicos, revistas, editoriales, escuelas, universidades, museos, anhelar ciudades, organizar tertulias, se percibe tanto en los criollos cultos del XIX como de sus herederos del XX.[1] Aspirar a formar una sociedad letrada similar a otras de la misma América se observa hasta en las primeras representaciones pictóricas de origen local en las que el papel, la escritura y la ciudad son elementos muy presentes como lo demuestra la emblemática obra de nuestro primer pintor José Campeche. De la misma manera estos elementos los encontramos en los proyectos liberales decimonónicos de Román Baldorioty de Castro, de José Julián Acosta, de Salvador Brau y tantos otros hombres y mujeres destacados en la historia cultural del país. Esa misma idealización de un mundo culto y civilizado es el que observamos en el siglo XX a través del clamor de un Emilio S. Belaval en el *Despertar de un pueblo*, en Antonio S. Pedreira con su controversial ensayo *Insularismo* y en el criticado occidentalismo del rector Jaime Benítez en la Universidad de Puerto Rico.

Estos esfuerzos fecundaron el campo de las letras y crearon el clima para el desarrollo de las instituciones y obras posteriores realizadas por la generación de intelectuales de los años cincuenta. Del mismo modo, constituyeron la base para atraer a la Isla a distinguidos intelectuales del mundo americano y del exilio español. En ese afán de crear y definir *la cultura* se fueron delineando los antagonismos sobre la alta cultura occidental, europeizada y blanca y la llamada cultura puertorriqueña.

LA MÚSICA Y LAS ARTES EN EL ESCENARIO DE LA CIUDAD

En enero de 1906 el Secretario del Concejo Municipal de la ciudad capital, Manuel Moraza Díaz, publicaba una ordenanza originada por el alcalde de San Juan, Manuel Sánchez Morales, prohibiendo tocar, cantar y bailar la Bomba en las plazas,

---

[1] Sobre el ambiente intelectual en Puerto Rico durante el siglo XIX y principios del XX ver Silvia Álvarez Curbelo, *Un país del porvenir, el afán de la modernidad en Puerto Rico(siglo XIX)*, San Juan, Ediciones Callejón, 2001; Libia González López, *L'Elite Cultivé à Porto Rico et la construction de l'identité «Nationale» (1860-1930),* Tesis de doctorado, Université de Paris I-Sorbonne, 2000; Libia González, «Progreso y modernidad: las ferias de fin de siglo y los hombres de letras en Puerto Rico», Consuelo Naranjo Orovio, Miguel Ángel Puig-Samper, Luis Miguel García Mora (eds.), *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, Madrid, Doce Calles, 1996, pp. 539-545. Arcadio Díaz Quiñones, «Tomás Blanco (1896-1975): La invención de la tradición», *Sobre los príncipios. Los intelectuales caribeños y la tradición*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2006.

paseos o cualquier paraje público de la municipalidad. Este género de origen negro que para la época era una costumbre popular fue sancionado por el alcalde de la siguiente manera:

> Señores del Concejo:
> En estos pasados días de fiesta, se ha observado que algunos individuos han llevado a las plazas y otros parajes públicos las llamadas bombas y con la tocata de éstas y un baile adecuado a su son, se ha presentado un espectáculo poco edificante.
>
> Estas tocatas de tales instrumentos se ha acostumbrado en otro tiempo en los alrededores de las fincas y algunas poblaciones del interior, pero nunca en esta Capital.
>
> Y entendiendo que al presentar ahora tal espectáculo da una triste idea de la cultura de nuestro pueblo, propongo al Concejo el siguiente proyecto de Ordenanza prohibiendo el tocar la «bomba» y canto y baile.[2]

La misiva proponía invisibilizar la costumbre en aras de una cultura capitalina no popular, sino de buen gusto según los usos de los pueblos civilizados. Esta visión imperó en los proyectos que veremos en adelante, aunque la costumbre de la Bomba y otras formas de la cultura popular fueron tema de estudio de algunos miembros de la élite intelectual.

Desde el último cuarto del siglo XIX entre las familias criollas y peninsulares que componían la alta sociedad de Puerto Rico se advierte un gusto refinado por las artes y la actividad intelectual. Ya iniciado el siglo XX, tanto en las ciudades de San Juan y Ponce, como en otros centros urbanos del país, las exposiciones de pintura y dibujo, los conciertos de música clásica, recitales, zarzuelas, veladas poéticas y certámenes eran parte de un calendario conocido y divulgado en los almanaques y revistas. Aunque menos cultivada que la música, existía una activa producción plástica de artistas pintores, por ejemplo Miguel Pou, Ramón Frade, Francisco Oller, Oscar Colón Delgado, Juan Rosado y Julio T. Martínez, entre otros.[3]

En las artes musicales, el país contaba con una rica tradición heredada desde el siglo anterior gracias al ingenio y la obra de compositores como Juan Morell Campos y Manuel Gregorio Tavárez. Especialmente en el campo del *bel canto* eran conocidos los éxitos de intérpretes formados en los principales conservatorios de Europa como lo fueron la soprano lírica Asela Menchaca, las hermanas Felicci, la soprano

---

[2] AGPR, Fondo: Municipio de San Juan, legajo: 97A, Exp. 55, año 1906, caja: 238.

[3] Hermandad de Artistas Gráficos de Puerto Rico, Puerto Rico, *Arte e identidad*, San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1998.

Margarita Callejo y la cantante Lizzie Graham. Con todo, las figuras más destacadas en esta área fueron los hermanos Antonio y Amalia Paoli. Como ellos, un numeroso grupo de pianistas y compositores profesionales se convirtieron en educadores y concertistas que influyeron en más de una generación. Entre ellos, cabe mencionar las aportaciones de destacados hombres y mujeres como Gonzalo J. Núñez, pianista y compositor; Ana Otero, pianista y compositora; Elisa Tavárez, pianista y profesora; José Ignacio Quintón, compositor; Arturo Pasarell, pianista; Monserrate Ferrer, pianista-compositora; Trina Padilla de Sanz, musicóloga y pianista; Alicia Sicardó, Mariano Feliú Balseiro, Arístides Chavier, compositor e historiador; Braulio Dueño Colón, compositor y flautista, entre otros.[4] De la misma forma y luego de triunfar en Nueva York y Barcelona, Elisa Tavárez de Storer se estableció en Puerto Rico donde no sólo fundó la Academia Tavárez sino que se convirtió en la más aclamada pianista de su época.

En los años de 1920, el ambiente cultural contó también con las destacadas ejecutorias del reconocido tenor puertorriqueño Antonio Paoli, quien luego de concluir una larga carrera en los principales escenarios de ópera en Europa se estableció junto a su hermana Amalia en Puerto Rico. Otros concertistas como el pianista Jesús María Sanromá e intérpretes visitantes acostumbraban llenar las salas del Ateneo o de los teatros en sus conciertos y giras por la región.

A pesar de este gusto por la música y del talento demostrado de varios concertistas, no existían muchos compositores. El ensayista Antonio S. Pedreira señalaba que la ejecución superaba a la creación y que era necesario formar compositores nativos. Sobre este tema comentaba:

> …ahora que existe una entusiasta institución Pro-Arte Musical y que han dado a conocer brillantemente la asociación de Profesores de Música y la Orquesta Sinfónica; ahora que contamos con tantos virtuosos y con el apoyo decidido de la Universidad de Puerto Rico, ahora es el momento de fomentar por todos los medios a nuestro alcance la composición y de rendir el culto que merece a la creación artística.[5]

La capital era el centro principal de la actividad intelectual tanto porque contaba, desde el siglo anterior, con uno de sus principales teatros, hoy llamado Alejandro Tapia

---

[4] En el ambiente musical también detacaron Fernando Callejo, violinista, pianista y compositor; Manuel Tizol, compositor y director de orquesta; Rafael Balseiro, pianista y compositor y los hermanos Figueroa, entre muchos otros. Ver Arístides Chavier Arévalo, «El arte musical puertorriqueño, su desarrollo y evolución hasta el presente», E. Fernández García, *El libro de Puerto Rico*, San Juan, El libro azul Publishing, 1923, pp. 776-785.

[5] Antonio S. Pedreira, *Insularismo*, San Juan, Editorial Edil, 1969, p. 172.

y Rivera, como por las tertulias del Ateneo y las actividades culturales de la Universidad de Puerto Rico fundada en el 1903. Estos centros acogieron a los jóvenes escritores del país y a importantes conferenciantes de Europa y América Latina desde principios del siglo XX, los cuales contribuyeron a difundir la producción local y a vincular la Isla a movimientos artísticos del exterior. Algunas de estas conferencias y tertulias fueron ofrecidas por intelectuales como el peruano José Santos Chocano (1913), el mexicano José Vasconcelos (1926), la chilena Gabriela Mistral (1931 y 1933),[6] el español Angel Valbuena Prat (1929) y los dominicanos Pedro Henríquez Ureña (1932) y Juan Bosch (1938), entre otros.

Los periódicos locales recogen además las diversas iniciativas de la comunidad ilustrada para asociarse y crear instituciones culturales nuevas especializadas en el cultivo de las letras, que se sumaban a otras ya existentes como la de los casinos y asociaciones españolas, cuya influencia fue notable en la vida social y cultural del país.[7] Entre algunas de de estas instituciones destacamos la Academia Puertorriqueña de la Historia (1934), el Instituto de Lietratura Puertorriqueña (1935), el Instituto Popular de Enseñanza Libre (1936), la Sociedad Puertorriqueña de Periodistas y Escritores (1937) y Pro Arte Musical (1938). Sobre el tema de las instituciones formativas en el campo de la música, hay que destacar la labor pionera del tenor Antonio Paoli y de su hermana Amalia quienes crearon en San Juan una Academia de Canto y junto a la escritora Trina Padilla de Sanz propusieron al Gobierno Insular la fundación de un Conservatorio de Música.[8]

---

[6] Sobre estas visitas ver Libia M. González, «El Hispanismo: paradigma y símbolo de una generación», *Revista de Estudios Generales*, Universidad de Puerto Rico, año 12, núm. 12, julio 1997-1998, p. 213. Y sobre el hispanismo: María Elena Rodríguez Castro, «Asedios centenarios: La hispanofilia en la cultura puertorriqueña», Enrique Vivoni Farage, Silvia Álvarez Curbelo(eds.), *Hispanofilia, Arquitectura y vida en Puerto Rico, 1900-1950*, San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, Archivo de Arquitectura y Construcción de la Universidad de Puerto Rico, 1998, pp. 277-330.

[7] Jaime Moisés Pérez Rivera estudia estas instituciones en «El papel de las asociaciones españolas en el fomento de las relaciones culturales entre España y Puerto Rico, 1898-1929»,Consuelo Naranjo, María Dolores Luque y Miguel Ángel Puig-Samper, (eds.), *Los lazos de la cultura, El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, Madrid, CSIC-Centro de Investigaciones Históricas, Universidad de Puerto Rico, 2002, pp. 49-91.

[8] Jesús M. López, *Antonio Paoli, el León de Ponce*, Waterbury, Ediciones Líricas Puertorriqueñas, 1997, p. 674.

EL ESPLENDOR DE LOS TREINTA

El período de mayor esplendor cultural en la Isla coincide con la actividad intelectual de la llamada «generación de 1930», tan estudiada por críticos e historiadores.[9] Tradicionalmente se ha llamado generación del treinta al grupo de escritores cuyas obras publicadas entre 1929 y 1939, presentaron características renovadoras de corte revisionista y crítico. También por componer la primera hornada de escritores puertorriqueños graduados de la Universidad de Puerto Rico.

A esta generación se le atribuyen los mitos fundadores de la nacionalidad y la tradición cultural heredada en cierto modo hasta el presente. Esto es, puertorriqueñidad, hispanismo, jibarismo y progreso. Sus obras enriquecieron la bibliografía puertorriqueña, principalmente el ensayo y los géneros literarios como son la novela, el cuento, el teatro y la poesía. Muchos de ellos participaron en la fundación de instituciones culturales, apoyaron y presentaron proyectos legislativos sobre la cultura mientras otros figuraron en la política y el periodismo del país.

La madurez literaria e intelectual del país en los treinta era la consecuencia lógica del surgimiento de un sector sensible y maduro que, a la luz de la investigación y la creación, contribuyó a pensar el futuro y a recopilar la obra heredada de los intelectuales del XIX en la Isla y de sus congéneres hispanoamericanos. Su dominio de la escritura y sus capacidades imaginativas consiguieron darle forma a la Historia y a un esperado porvenir más justo y alentador para los puertorriqueños. En este quehacer fueron importantes los lugares de la tertulia y la creación, los del disfrute y los de la formación profesional e intelectual.

La generación del dramaturgo Emilio S. Belaval, vivió el desconcierto y la colisión de las culturas hispánica y anglosajona. En su obra, *Problemas de la cultura puertorriqueña*, Belaval señala las diferencias entre su generación y la de los puertorriqueños de tiempos anteriores:

> No hay una generación en Puerto Rico que haya sufrido la ambivalencia de dos culturas en mayor grado que la nuestra. Nuestra cuna fue mecida por las dulces nanas

[9] Algunos de estos importantes trabajos son los de Arcadio Díaz Quiñones, *Sobre los principios, los intelectuales caribeños y la tradición*, *Opus cit.*, 2006 y «Recordando el futuro imaginario: la escritura histórica en la década del treinta», *Sin Nombre*, San Juan, vol. XIV, núm. 3, abril-junio 1988. Igualmente el de María Elena Rodríguez Castro, «Tradición y modernidad: el intelectual puertorriqueño ante la década del treinta», *Opus. cit. Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, núm. 3, 1987-1988, p. 45. Una bibliografía amplia sobre la obra de esta generación fue reseñada y estudiada por Josefina Rivera de Álvarez, *Diccionario de literatura puertorriqueña,* San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1974.

> de nuestra españolidad en los apacibles pueblos de nuestra isla, donde se deslizó nuestra niñez dentro de un marco siglo diecinueve de enervante provincialismo; fuimos a la iglesia católica, recitamos versos de José Gautier Benítez y doloras de Campoamor, escuchamos la conseja agreste de nuestras nodrizas montañeras; los únicos juguetes que recibimos en premio de candores niños nos lo dejaron los reyes magos; vivimos en estancias, escuchando fábulas agrícolas, viendo los cafetales florecidos, las lustrosas hojas de nuestra agricultura menor y aprendimos en nuestra niñez los tres sentimientos vitales de la latinidad, el honor, la cortesía y la misericordia. En quince años el panorama de nuestra vida cambia ciclónicamente.[10]

Aparte del reconocido grupo del 30 vinculado a la Universidad de Puerto Rico y al Ateneo, otros intelectuales de esta época hicieron valiosas aportaciones en el plano amplio de la cultura. Trabajos como los de Ángel Quintero sobre la universidad y las ciencias sociales[11] así como las publicaciones de los ateneístas, los catálogos de exposiciones de arte sobre la época y las biografías del publicista Conrado Asenjo de 1933 y 1940, *Quién es quién en Puerto Rico*[12], nos muestran que el ambiente cultural de la época fue más amplio que el protagonizado por la generación universitaria del treinta. Encuestas publicadas sobre los libros y autores más leídos, la aprobación de proyectos legislativos para apoyar las ediciones de obras de algunos autores, así como las recopilaciones bibliográficas denotan una amplia producción intelectual en la Isla. De manera que cuando aquí hablamos de la generación del treinta nos referimos a la totalidad de hombres y mujeres que a través de sus obras y de su participación pública conformaban el grupo letrado que daba vida a la actividad cultural del país.

A estos efectos, resulta interesante una legislación aprobada en 1957 por la Comisión del Senado de Puerto Rico, mediante la cual se proponía la publicación de las obras de algunos escritores y definía quiénes eran considerados intelectuales. La ley, nacida por iniciativa del escritor y presidente del Senado, Samuel R. Quiñones, autorizaba una antología puertorriqueña para ayudar «a mantener vigentes los valores de cultura del pueblo». La antología, según Quiñones y los líderes políticos Luis Muñoz Marín y Ernesto Ramos Antonini, sería una selección de «la obra de pensamiento o

---

[10] Emilio S. Belaval, *Problemas de nuestra cultura*, San Juan, Editorial Cultural, 1977, p. 80

[11] Ángel Quintero, «La ideología populista y la institucionalización universitaria de las ciencias sociales», *Del nacionalismo al populismo: Cultura política en Puerto Rico,* San Juan, Ediciones Huracán, 1993, p. 107.

[12] Conrado Asenjo, *Quién es quién en Puerto Rico*, San Juan, 1933-1949.

de emoción de los hombres que piensan y sienten». Esta ley, creaba oficialmente una Comisión editora integrada por hombres de la «generación del treinta». Además de los propios Quiñones, Muñoz y Ramos, figuraban el profesor universitario Gustavo Agrait; el abogado ateneísta y líder nacionalista en los años de 1920, José S. Alegría; el abogado, dramaturgo y ateneísta, Emilio S. Belaval; el ensayista, periodista y editor, Antonio J. Colorado; el editor y fundador de la Biblioteca de Autores Puertorriqueños (1935), Manuel García Cabrera; el historiador Arturo Morales Carrión y el médico y ensayista Pablo Morales Otero. Desde 1940, el mismo grupo, al convocar a los intelectuales del país a publicar sus obras, afirmaba:

> Son intelectuales puertorriqueños todas aquellas personas que habiendo nacido en Puerto Rico o siendo extranjeras permanentemente domiciliadas en el país, frecuenten, bien ocasionalmente por dedicación profesional el cultivo de cualquier aspecto del pensamiento o de la emoción en sus diversas manifestaciones literarias, científicas, históricas, filosóficas y sociales.[13]

UN CAMPO FECUNDO PARA LA CULTURA: LA LENGUA Y LA ESCRITURA

En la década de 1930 no había dudas de que el español era la lengua con que hablaban, pensaban y escribían los puertorriqueños. La defensa del español fue una de la batallas que libraron los puertorriqueños en la legislatura, en la práctica de la oratoria y la escritura, toda vez que al escribir y hablar en esta lengua afirmaban uno de sus más altos valores.

Aunque desde el 1898 se impuso el inglés como idioma oficial y se hizo obligatorio como vehiculo de enseñanza en las escuelas públicas, la gente fuera de los que asistían a las escuelas, continuó hablando el español. Aunque era obligatorio enviar los hijos a las escuelas públicas, algunas familias no lo hicieron y, durante su edad temprana, continuaron asistiendo a las antiguas escuelas privadas o se instruían en sus propios hogares. La educadora y escritora Antonia Sáez narra en su libro *Caminos del recuerdo*, cómo su padre luego del cambio de siglo se negó a enviarla a la escuela pública.[14]

Sobre la enseñanza del inglés en las escuelas públicas resultan reveladores los datos ofrecidos por el Departamento de Educación entre 1905 y 1912, los cuales

---

[13] *El Mundo*, 28 de enero de 1940, p. 1.

[14] Antonia Sáez, *Caminos del recuerdo*, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1967, pp. 132-138.

Uno de los aspectos que con más fuerza comienza a aflorar en las investigaciones sobre el exilio republicano español es la existencia de redes culturales y científicas previas, tejidas en las décadas de los años veinte y treinta con las que se convertirían en instituciones de acogida, así como con los profesores que ayudaron o gestionaron la contratación de los recién llegados. Dichas redes sirvieron de plataforma en la recalada de los profesores españoles republicanos que, en muchos casos, tuvieron que vagar por varios países a la búsqueda de un destino mejor.

En el caso de Puerto Rico, la llegada de los exiliados se produjo, en su mayor parte, desde otros países, especialmente de la vecina República Dominicana, donde la presión y persecución política del presidente Trujillo sobre los refugiados, se vio acompañada de las gestiones realizadas por distintas instituciones y asociaciones foráneas como la Universidad de Puerto Rico, con el objetivo de contratar a los profesores españoles, además de a pintores, pedagogos, músicos o poetas.

Este libro reúne once estudios sobre la acogida de estos hombres y mujeres exiliados en Puerto Rico, su adaptación e integración hasta —como se verá en tantos ejemplos— «confundirse con el paisaje», los trabajos que realizaron, sus sueños y esperanzas. Su recuperación se ha hecho a partir del trabajo en archivos y de las entrevistas a los propios protagonistas o a sus descendientes a fin de ofrecer al lector una visión más completa del exilio, de los trabajos y de los días de este colectivo que luchó por lograr la cotidianeidad perdida.

ISBN: 978-84974125 4
9 788497 441254

DOCE
CALLES